1

 Todo cambiaría a raíz de aquella mañana en que oyó timbrar la bicicleta del cartero, trayéndole las insospechadas noticias que darían un vuelco a su esforzada existencia.

 Desvió su atención del sembradío al sentirlo acercarse, irguió el cuerpo y esperó, sacudiéndose la tierra seca de las manos a palmadas, con creciente inquietud.

 Pudiera ser que lo vislumbró saludar entre la bruma fundada por la polvareda del camino, o bien le notó el talante más alegre; inclusive su forma de pedalear la halló distinta a la acostumbrada. El caso es, que algo le decía, que no se trataba de otra indignante oferta de compra por su terreno, ni siquiera de una propuesta justa; desechó definitivamente tal contingencia un par de años atrás.

 El funcionario rodó a él, llegando con los brazos y el rostro cubiertos de partículas de polvo rojo, adheridas por motivo del sudor; sus ojos, dos rendijas entrecerradas de pestañas coloreadas por motas coloradas.

 Sonrió, mostrándole el piano de sus dientes compuesto de piezas blanquecinas y huecos negros en los que faltaban las teclas cariadas, y le alargó una carta.

 —¿Qué es esto? —le requirió el granjero, examinando receloso la notificación, aterrado, cual si fuese a morderle—. ¿Con qué me importunas hoy?

— 11 —

 —¡Es lo que llevas años aguardando! —le anunció el cartero con aire festivo—. ¡Fíjate! —se la arrebató, sosteniéndola en alto—. ¿Anteriormente te he entregado una igual? ¡Por supuesto que no!

 —Dime lo que pone —apeló a él, aprovechándose de que aún la sujetaba—, avisado estás de que no sé leer.

 —Dalo por hecho.

 Colgándose del extenso puente de su narigón, unas lentes de vidrio engarzadas en endeble montura de alambre, rasgó el pliego ayudándose de la uña larga, sucia, de un dedo meñique, y extrajo y leyó a viva voz el papel doblado que contenía.

 —“*Paciente señor o señora…*

 —¿Señora? —lo interrumpió, confuso.

 —Un procedimiento de cortesía con el que se abarca a ambos géneros.

 —¿Intentas decirme que el mensaje no me lo han escrito a mí personalmente?

 —Por ahorrárselo... ¿Te suenan esas galletas que hornean en las fábricas de la ciudad? ¡Sí hombre, que son idénticas unas de otras, parecen hermanitas gemelas! Pues con esto ocurre lo…

 —No voy a la ciudad ni he probado esas galletas.

 —Digamos que es una cosa por el estilo; un molde, una copia.

 —Bueno, continúa.

 —De acuerdo —se aclaró la garganta y reinició el texto—: *“Paciente señor o señora, tenemos el placer de comunicarle que su solicitud de audiencia con El comedor de relojes ha sido…*

 —El comedor de relojes, si de eso hace… —recayó en cortarlo.

 —¿Sigo?

— 12 —

 Empujadas por la conversación de los hombres, dos mujeres salieron de la aledaña casa, grande y sencilla, aproximándoseles con cautela, prestando oídos a lo que parloteaba el cartero, quien, avalado por el leve cabeceo con el que lo autorizó el granjero, reavivaba su recitación.

 —Comienzo de nuevo:

 *“Paciente señor o señora, tenemos el placer de comunicarle que su solicitud de audiencia con El comedor de relojes ha sido aprobada… ¡Enhorabuena!* *En un plazo máximo de tres días transcurridos a la recepción de esta misiva, un coche le recogerá en el domicilio especificado del documento certificado.*

 *Suya es la decisión de subir y realizar las aspiraciones que en su momento le movieron a contactar con nosotros, o por contra, desestimar esta oportunidad única que le brinda el destino y permanecer en donde quiera que esté, lamentándose junto a sus allegados.*

 *Si todavía se empeña en optar por la deplorable opción de seguir revolcándose en la miseria, rogamos se lo notifique al conductor lo antes posible con objeto de no hacerle desperdiciar su valioso tiempo.*

 *Estamos absolutamente convencidos de que la vigencia de sus anhelos persiste con firmeza, y que por ende, nos veremos muy pronto.*

 *P.d.: Recuerde, es imprescindible portar con usted un reloj de su pertenencia”.*

 —Fin.

 La menor de las mujeres recibió la información con un suspiro de sorpresa escapado a la finalización de la lectura.

 —Después de veintitantos años, y se refieren a mí con pareja consideración que si lo hiciesen a una de esas galletas que dices, venden en la ciudad… —se quejó él al cartero.

— 13 —

 —Solo soy el mensajero —se excusó éste encogiéndose de hombros, resignado. Se la cedió, enderezó la bicicleta, y ganó distancia, pedaleando lentamente—. ¡Que tengan un excelente día! —y alzó una mano, de espaldas, sumergiéndose en el siroco de polvo rojo de la carretera.

 —¡Padre! —de este modo se dirigió la mocita al granjero—. ¿Es eso cierto? Déjemela, por favor.

 El hombre se volvió, tolerando a la hija tomar de sus manos el manuscrito, que ella inspeccionó con avidez.

 —¿A qué vienen esas fachas de atontado? —le dijo la segunda, madura y sin embargo lozana.

 —¿No lo entiendes?, es nuestra ocasión.

 —¿Ocasión de qué, de perderte?

 —De proporcionarle a mi hija presente mejor que este terruño olvidado de Dios y del progreso.

 —Padre, yo no…

 —Vivimos con holgura, sin escaseces —se interpuso la otra, ignorando a la chica y encarándosele a él, acalorada—. Estás fuerte, sano, a cargo del campo, y afortunadamente yo tiro con el cuidado de los animales, ¡por lo que olvídate de majaderías!

 —No tiene amigos, educación, futuro…

 —¡¿Se te ha ido la mollera?, si va a clases a diario!

 —Merece ir a una escuela decente, y no tan alejada. Quince kilómetros de ida y otros tantos de vuelta ha de hacerse la criatura desde que se nos murió el mulo.

 —Hemos reunido el dinero que compre a la dichosa bestia, y a ella, andar, le hará bien a sus piernas. ¡Y tan interminables no son sus caminatas, que los hijos de la molinera la pasean un ancho tramo en sus carretas!

— 14 —

 —Padre, hágale caso, su esposa habla por las dos y no dice mentiras —declaró asiéndole el cuero roto, ajado, que eran las manos del hombre—. La hacienda es vieja pero confortable, esta campaña apenas perecieron unas gallinas y el pobre del mulo, que por buen período disfrutamos de sus servicios; el campo de sobra nos cubre las necesidades y nos admite de vender el exceso. Le pido que no cometa ninguna tontería; y no se aflija por mí, yéndome a mi hora alcanzo la escuela en lo que invertíamos cabalgando —sonrió, dándole un beso en la mejilla.

 —Venga, suéltalo y vete, o te dejarán en tierra.

 Repasó el reloj de pared de bisel rojo que cada mañana, sin excepción, colgaban en la fachada del porche, y comprobó que tenía razón.

 —Marcho —los despidió con un leve asentimiento—. Vuelvo a la noche.

 Guardándose la carta del padre en un bolsillo de su zurrón, enfiló por el sendero de la finca, abandonando la propiedad e internándose en la calzada asaltada por las turbias ventoleras, perdiéndose de vista.

 —Anda, vamos, que está el té; y no le des más rodeos a esas pamplinas, porque no voy a permitir que sucedan —le advirtió la mujer retornando a las profundidades de la morada.

 Habitual en él, se obstinó con fijeza en estar a la mira de la hija que le celaban las fieras corrientes de arena color carmín; no se prolongó demasiado, invariablemente triunfaba el vendaval, por lo que se desvió tras el olor del desayuno.

— 15 —